



Condiciones teológicas para el encuentro con Jesús

+ SANTIAGO SILVA RETAMALES

El presente tema complementa el de los artículos «Discípulos misioneros o el ADN de la identidad cristiana» y «Condiciones humanas para el encuentro con Jesús», publicados en nuestra revista diocesana *Stella Maris* en los últimos números (nº 92 y 93).

El tema que ahora nos ocupa no es fácil. El vocabulario nos puede resultar difícil. Sin embargo, necesitamos reflexionar sobre los fundamentos teológicos del encuentro con Jesús, mostrando aquello que hace posible su seguimiento y la comunión con él.

1)- El encuentro con Jesús (seguimiento y comunión) es posible en razón de la auto-comunicación gratuita de Dios en y por Jesucristo. Nos referimos al misterio de la *Encarnación*. Jesucristo es la *Palabra* y el *Hijo amado* de Dios que se ha hecho uno de nosotros (Jn 1,14.17) y, con ello, "Rostro des-velado" del Padre (Heb 1,1-4). Ahora y aquí, la Palabra de vida que estaba junto al Padre y que existía desde el principio es posible oírla, verla, palparla con nuestras manos... (1 Jn 1,1-2). Por su parte, la constitución *Dei Verbum* del CONCILIO VATICANO II lo dice así: «Quiso Dios, con su bondad y sabiduría, revelarse a Sí mismo y manifestar el misterio de su voluntad (Ef 1,9): por Cristo, la Palabra hecha carne, y con el Espíritu Santo, pueden los hombres llegar hasta el Padre y participar de la naturaleza divina (Ef 2,18; 2 Pe 1,4)» (nº 2).

Dios Padre decidió por pura gratuidad "salir de sí" y para ello puso en medio nuestro su Palabra eterna. Por su Palabra "se dice", comunicándonos su intimidad y su plan de salvación. No sólo es Palabra que informa, sino también Palabra que expresa y convoca, que consuela y dirige... Jesús es la Palabra de Dios Padre plena de misericordia que purifica y da sentido trascendente, que orienta decididamente a quien lo acepta, permitiéndole jerarquizar la multiplicidad de sentidos y discernir entre los que le hacen crecer de aquellos que lo deshumanizan.

Jesús es también Hijo de Dios. Y como tal, la encarnación pone a nuestro alcance su vida divina de Hijo, la que desde la eternidad y por naturaleza recibe del Padre (Jn 10,30: «Yo y el Padre somos uno»). La participación de esta vida es la que nos hace hijos en el Hijo, pero mientras nosotros lo somos por don y decisión divina, Jesús es Hijo por naturaleza. La revelación del Hijo mediante palabras y acciones es sobre todo revelación de *su realidad y experiencia filial*. Su ministerio en Palestina expresa el amor mutuo, único y distintivo entre él y su



Padre. Diciéndonos quién es y revelándonos a su Padre nos invita a participar de esta realidad y experiencia.

La encarnación de la Palabra e Hijo de Dios pone a nuestra disposición todo lo que Jesús es desde la eternidad hasta que se «hizo carne», es decir, pone a nuestro alcance misericordia y vida divina, sentido trascendente, realidad filial y experiencia. La encarnación, pues, nos trae y ofrece la *pre-existencia* de la Palabra y del Hijo con todo lo que él es.

Sin embargo, esto no basta para que teológicamente sea posible el encuentro con Jesús.

2)- Como nosotros, Jesús es hombre libre. Si se ha hecho uno de nosotros, su vida tiene que ser entregada en libertad y movido por amor. Su entrega libre y por amor (Jn 10,17-18) tiene un fundamento: su relación con el Padre y la experiencia de su amor infinito, y la respuesta es su radical obediencia filial, como único Hijo amado. La obediencia del Hijo amado a la voluntad del Padre hace de su existencia una vida entregada para dar vida nueva. Jesús, desde la encarnación y por obediencia filial, es el Hombre para los demás. Pongámosle nombre a esta manera de existir: llamémosle, como lo hacen algunos teólogos, *pro-existencia*, es decir, existencia para el Padre y, por lo mismo, existencia para todos, preferentemente los preferidos de su Padre: pecadores, pobres y marginados.

Los hombres rectos como Jesús mueren por la misma razón que vivieron. Si desde el momento de la encarnación cada instante de su existencia es entrega libre para ofrecer lo que él es, su muerte no es otra cosa que ofrecer del todo su ser en obediencia al Padre para salvar a los hombres. Para esto vino el Hijo del hombre, «para dar su vida en rescate por todos» (Mc 10,45).

Pero, ¿qué hubiera pasado si a la entrega de Cristo hasta la muerte en cruz no hubiera seguido su resurrección? Y una vez resucitado, ¿es posible por la sola fuerza humana alcanzar el encuentro con el Resucitado?

3)- La **resurrección de Jesús** y la acción eficaz del **Espíritu Santo** son, por tanto, fundamentos indispensables para el encuentro con el Señor.

No hay encuentro transformador con un hombre muerto. Si hoy Cristo no estuviera vivo y dispuesto para nosotros no hay seguimiento ni comunión posible, sería sólo el recuerdo de un cadáver. ¡No haríamos otra cosa que vivir de fantasmas! Por la resurrección de Jesús, tanto su *pre-existencia* (realidad y experiencia filial de amor) como su *pro-existencia* (obediencia y entrega filial al Padre por los hombres) quedan disponibles para siempre y para todos los que por la fe y la conversión buscan seguirlo y anhelan vivir en comunión con él. Jesús resucitado y exaltado junto al Padre es el Rostro glorioso y victorioso de Dios, el Nombre sobre todo nombre (Flp 2,9-11), ofrecido para siempre como



fuelle única de salvación. Así lo expresa el Documento de *Síntesis de los aportes recibidos* para la V Conferencia en Aparecida: «El Padre, que ha resucitado a su Hijo, le concede un nombre “que está por encima de todo nombre” para que todos reconozcan “que Jesucristo es Señor para gloria de Dios Padre” (Flp 2, 9-11). **Desde entonces, la existencia del Señor exaltado junto a su Padre es para siempre “pro-existencia salvífica”**, es decir, Vida del Resucitado ofrecida como don para el mundo» (nº 97).

Ahora bien, las cosas de Dios se reciben y actualizan por la acción del Espíritu Santo en el seno de la Iglesia, la nueva familia de Dios. San Pablo lo afirma así en su carta a los corintios: «Lo que el ojo no vio ni el oído oyó ni al hombre se le ocurrió pensar lo que Dios podía tener preparado para los que lo aman eso es lo que nos ha manifestado Dios *por medio de su Espíritu*» (1 Cor 2,9).

El Espíritu es el Espíritu Santo de Dios enviado por Jesús a los suyos como Consolador para acompañarlos (Jn 14,16; 16,7). Es el Espíritu de la verdad enviado a actualizar en los discípulos las enseñanzas y gestos de Jesús (14,26) y a dar testimonio de él (15,26). Es el Espíritu que lleva a los discípulos a la verdad completa (16,13), haciéndolos testigos del Resucitado (15,27).

Por último, queda claro que todo encuentro con Jesús es siempre encuentro **trinitario**, es decir, el auténtico encuentro con Cristo es siempre comunión con su Padre y con el Espíritu Santo, encuentro con la Trinidad que es misterio de comunión y vida (2 Cor 13,13), misterio del cual el discípulo participa y misterio que está llamado a testimoniar en el mundo de hoy.